

BIBLIOGRAFIA

RESEÑA DE LIBROS

La Bíblia. Versió dels textos originals i comentari pels Monjos de Montserrat.
XIV. Jeremías, per DOM RAMIR AUGÉ. Montserrat, 1950. 408, 29 x 21 cm.

Tras largo silencio y con gran expectación de los eruditos aparece el volumen XIV de la prestigiosa Biblia catalana de Montserrat. Aunque el título de la aprobación eclesiástica es «Jeremías, Lamentación i Baruch», el libro traduce y comenta únicamente los 52 capítulos de Jeremías, sin que el autor explique en ningún sitio sus intenciones sobre las Lamentaciones y Baruch.

La disposición material de la obra es la misma que en los volúmenes anteriores. Tras una sobria y sustanciosa introducción sobre el profeta y su libro, sigue, sin interrupciones ni excursus, la traducción y comentario. A la versión catalana hecha directamente del texto original y colocada en el margen superior de las páginas, acompaña en otra columna con tipo menor el texto de la Vulgata. El Comentario ocupa aproximadamente los dos tercios de cada página.

Sin polemizar ni acumular erudición inoportuna y farragosa explana el sentido literal, haciendo sobriamente las necesarias aclaraciones filológicas y críticas que le imponen las variantes existentes entre el texto masorético y el griego. Dom Augé se mueve con soltura y muestra un dominio absoluto de todas las resortes que hace falta emplear para escribir un comentario seguro sin necesidad de largos razonamientos comprobatorios, científico sin ostentación de erudición innecesaria, y crítico sin concesiones inconsideradas ni escrúpulos apologeticos.

La introducción es un modelo de ecuanimidad y prudencia ante los múltiples problemas que la actuación y el libro de Jeremías tienen planteados a los estudiosos. Resulta maravillosa, de concisión y justeza, la descripción del cuadro histórico en que se desarrolló la vida de Jeremías (p. 18-24).

Però la ponderación y autoridad de Dom Augé no bastarán en ocasiones para arrancar la conformidad del lector con algunas de sus opiniones, cuyo mayor afianzamiento ha sido sacrificado en aras de la brevedad.

Un ejemplo. En la cuestión tan debatida sobre las relaciones de Jeremías con el «Libro de la Ley» hallado por Helcias en el Templo y que sirvió de base a la reforma de Josías, Augé se muestra reservado. Le mueve a ello el silencio en los escritos que se conservan del profeta. No se le puede considerar enemigo, como piensan los críticos, sólo por su aparente oposición a las formalidades ritualistas; Jeremías no condena los sacrificios ni el Templo en sí, sino la falsa apreciación de su valor. Tampoco puede llamarse propagandista del Deuteronomio por las sim-

ples analogías que se encuentran en la parte prosástica de su libro, ni por la propaganda que se le manda hacer de la Alianza en Jer. 11,1-8, cuya autenticidad es dudosa para Augé. Alguno echará de menos las pruebas de esta inautenticidad que ni en la Introducción (p. 17), ni en el Comentario (p. 117 s.) nos ofrece el autor.

Otro ejemplo. Al hablar de la autenticidad, hace alusión (p. 28) a las dudas que han movido los críticos sobre los llamados «Oráculos contra las naciones» (cap. 46-51), y remite a la pequeña introducción que a estos capítulos pone en la p. 343 del Comentario, donde termina afirmando que no hay pruebas convincentes para probar la autenticidad ni la inautenticidad de los mismos. Pero extiende la duda a otras partes considerables del libro, incluyendo no solamente los pasajes históricos en prosa, sino algunas profecías en verso (p. 28); y aunque tampoco aquí se le ve pronunciarse decididamente en pro ni en contra, las observaciones que hace—por lo someras, acaso no muy convincentes—parecen dejar la impresión de que no las considera auténticas. Lo mismo se diga de la afirmación varias veces repetida de que el comienzo del ministerio profético de Jeremías no se ha de poner como dice el texto (Jer. 1,2; 25,3) el año 13 de Josías (627 a. C.), sino hacia el 614 ó 612.

No queremos decir—nótese bien—que estemos en estos puntos en desacuerdo con el autor. Lamentamos solamente que la excesiva concisión deje en la penumbra las sólidas razones que sin duda le mueven.

Comprendemos, de una parte, que en un Comentario de esta índole no se puede bajar, para cada cuestión, al detalle de comprobación científica que se exige en un trabajo monográfico; y sabemos, de otra, que entre los críticos y especialistas se consideran definitivamente adquiridas ciertas cosas. Pero el común de los lectores de esta Biblia no son especialistas; y los que tal vez lo sean, hubieran agradecido a Dom Augé una más detallada exposición de sus razones. Creemos que él las tiene; y ya que no en el libro, nos gustaría al menos leerlas en alguna de las Revistas especializadas en estudios bíblicos.

S. MUÑOZ IGLESIAS.

ABEL, F.-M.: *Les Livres des Maccabees*. Paris. Gabalda et Cie., 1949. LXIV + 492 páginas.

La colección «Etudes Bibliques» iniciada por el P. Lagrange, hace ya bastantes años, viene a enriquecerse con un nuevo volumen. Nadie mejor que el P. Abel, que lleva en Jerusalén lo que va de este siglo, que ha recorrido muchas veces los caminos de Palestina, que conoce plenamente su historia, podía escribir un comentario a estos dos libros, que nos cuentan uno de los más interesantes períodos de la historia hebrea. La conquista macedonia del Asia señala el principio de la difusión del helenismo en Palestina. Significa esto la expansión de la vida helénica, de sus instituciones, artes, religión, etc., en los pueblos que hasta entonces vivían otra cultura muy distinta. Resalta ésta más en Israel, que poseía una cultura, una religión totalmente distintas de la cultura y religión de los otros pueblos semitas.